



CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS VI

ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
DIPUTACIÓN DE CÓRDOBA

Córdoba, 2001

CRÓNICA DE CÓRDOBA Y SUS PUEBLOS VI

COORDINADOR DE LA OBRA: JOAQUÍN CRIADO COSTA

ASOCIACIÓN PROVINCIAL CORDOBESA DE CRONISTAS OFICIALES
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÓRDOBA
Córdoba, 2000

Imprime:

Imprenta Provincial
Avda. del Mediterráneo, s/n.
14011 CÓRDOBA

I.S.B.N.: 84-8154-432-9

Dep. Legal: CO-222-01

RELACIÓN POÉTICO-HISTÓRICA ENTRE EL CACEREÑO HURTADO Y VALHONDO Y EL CORDOBÉS FERNÁNDEZ GRILO

Joaquín CRIADO COSTA

Antonio Fernández Grilo (1845-1906), de madre genovesa, fue un poeta cordobés de la segunda mitad de la pasada centuria que, como otros muchos, sintió la necesidad de establecerse en la corte no sólo por anhelos de gloria sino también y fundamentalmente por aquello del “*primum vivere*”.

Poco, casi nada, se sabe de su infancia en Córdoba, “*mecida -dice un historiador- por los aires embalsamados de la sierra*”. Desde niño estuvo en contacto con las tradiciones y costumbres cordobesas, que más tarde llevaría a sus versos en forma de reiterados tópicos manidos: romerías a sagrados lugares serranos, la espiritualidad de las Ermitas, reuniones poéticas organizadas por los caciques locales, juegos florales, ferias y verbenas como la de la Fuensanta, jiras campestres -más conocidas como “*peroles*”- en las fiestas del Arcángel Rafael, etc.

Poco sabemos también de sus andanzas madrileñas, salvo que ejerció de vividor, de paseante en cortes como se dice popularmente, y de adulator de reyes, príncipes, infantas, personajes de la nobleza y de la burguesía, gente poderosa en fin, que como el rico Epulón al pobre Lázaro, le “*arrojaba*” las migajas de sus bien pertrechadas mesas.

La irrefrenable atracción que sentía por escribir versos... y más versos... era innata en él. Pero sólo llegó a estudiar las primeras letras, hecho que lo desposeyó para siempre del bagaje cultural y de los conocimientos específicos que todo poeta que se precie necesita.

El ambiente literario cordobés de la época, de escasa calidad salvo excepciones, lo ahogó en su juventud, pues Grilo lo vivió intensamente “*amenizando*” las reuniones de sus ricos protectores que a veces le pagaban sólo con algún premio secundario en los no pocos certámenes por ellos convocados y manipulados, en los que se lucían poetas mediocres de la oligarquía local.

Desde esta su época cordobesa fue muy discutido. Rodolfo Gil, en su obra *Córdoba contemporánea*, dejó este testimonio: “*Ya desde pequeño mostró afición a la poesía, componiendo al efecto algunos trabajos que ni por su fondo ni por su forma se consideraron dignos de tomarse en cuenta, tanto menos cuanto que su*

instrucción no pudo ser más rudimentaria. No es extraña, pues, la siguiente anécdota de Grilo, que refirió persona de él muy conocida. Discutió en una reunión previa para calificar los trabajos presentados en unos juegos florales, por el jurado, el mérito de una producción, para la cual pedía uno de los individuos del mismo siquiera una mención honorífica, cuando otro más rígido y severo -y más acorde con la crítica literaria actual, añadimos nosotros- exclamó: “Acabaremos con que el mejor día se premiará aquí hasta a Grilo. Con lo que daba a entender el concepto en que entonces era tenido”.

Y es el mismo Rodolfo Gil quien sale en su defensa: “¡Cómo había de suponer el que tal dijo que el joven en aquella época despreciado como *copleiro* iba a subir no mucho después como la espuma y su nombre sonaría bien en los salones regios y en las galerías aristocráticas!”.

Grilo, que soñaba con la corte y que no contaba con medios económicos para la simple subsistencia, voló, en efecto, a Madrid. Esto ocurría entre el 68 y el 71 de la pasada centuria. Este paso lo describe así Alcalá Galiano: “Al genio lo personifican con alas. Nuestro poeta agitó las suyas; las sintió fuertes, las abrió, subió al espacio, donde no hay caminos, pero sí horizontes; vio un punto negro, inmenso, agitado, abismo de atracción irresistible, faro de glorias rodeado y azotado por olas de lágrimas. Voló en línea recta y cayó. Estaba en Madrid”.

Allí fue redactor de *El Contemporáneo*, de *El Tiempo*, de *La Libertad*, de *El Debate* y de otros periódicos. Allí, donde se han hundido en el abismo de la indiferencia o del anonimato verdaderos genios y hombres notables, Grilo, que no pasó de ser un poeta mediocre -adelantémoslo ya- consiguió abrirse paso en poco tiempo y obtener lo que ambicionaba: nombre, consideraciones, amistades...

Es que estaba dotado de un carácter abierto y bullicioso, había nacido para vivir en sociedad, tenía don de gentes y hasta una cara... un tanto dura. “Profundo conocedor de las debilidades humanas -se dijo de él- y plenamente convencido de que el mundo es una comedia, nunca mostrábase parco en el elogio, jamás rehusaba halagar las vanidades ajenas, siempre estaba en situación de representar su papel en el teatro social y procuraba cuidadosamente que la risa no asomara a sus labios cuando debía aparecer triste, ni que la expresión de dolor saliera a su rostro cuando debía estar alegre. Por eso le brindaron su protección personas de gran valía, por eso se abrieron para él las puertas de los regios salones, donde vibraba la mágica voz del poeta recitando sus versos de manera maravillosa; las damas rodeáronle seducidas por el canto del moderno trovador, y Grilo, fiando más que en sus méritos literarios en la viveza de su ingenio (...) y en sus dotes (...) de consumado maestro de la declamación que estuvo tan en boga en el siglo decimonónico, jamás se preocupó de escribir obras sólidas y bien cimentadas”. “Sus versos, ligeros, sencillos, armoniosos, que despiden perfumes de flores silvestres y tienen melodías de aves canoras -decía un crítico un tanto cursi- bastábanle para conseguir el triunfo anhelado, aunque no pudieran servirle de escala que le condujese al templo de la gloria”.

El poeta cordobés era requerido en la corte para animar las reuniones sociales y los salones reales. Gozó de la amistad de Isabel II -con ésta quizá algo más que de amistad- de Alfonso XII, de María Cristina y de Alfonso XIII, quienes sabían

de memoria versos de Grilo. Una célebre carta de Isabel II fechada en París el 26 de febrero de 1882 decía literalmente así: “Querido amigo Grilo: ¿Te decides a venir? Pues si es así, vente, que aquí, a mi lado, publicarás tus versos, y esta casa se pondrá de gala para poder oír recitar tus lindas poesías. La publicación de tu libro (se refiere a *Ideales*) será un patrimonio para tu hija, una gloria para la Patria y un orgullo para los amigos que tan bien te queremos. Tú sabes con cuanto cariño envío un abrazo a tu lindísima hija y a ti toda la expresión del cariño y gratitud que de corazón te profesa tu mejor amiga, Isabel de Borbón”. Como es sabido, Isabel II no se distinguió por su nivel cultural ni mucho menos por sus conocimientos de teoría ni crítica literarias.

Allí, en el Madrid isabelino y en los ambientes político-literarios, conoció Grilo a un abogado, dramaturgo y poeta llamado Antonio Hurtado y Valhondo, veinte años mayor que él y que también gozaba de la amistad de la soberana, lo que le había valido para ocupar sucesivamente cargos políticos tan relevantes como ministro del Tribunal de Cuentas del Reino, gobernador de Albacete, Jaén, Valladolid, Cádiz, Valencia y Barcelona y más tarde Consejero de Estado. En cuanto a su actividad literaria, escribió obras de teatro, a menudo en colaboración con dramaturgos tan dispares como López de Ayala y Núñez de Arce, combinando los últimos ecos del Romanticismo y los primeros vagidos del Naturalismo escénico en piezas como *Very well*, *La sombra*, *La rama de laurel*, *Gato por liebre*, etc; sus obras misceláneas en prosa, como *Cosas del mundo* y *Corte y cortijo*, prolongan la tradición costumbrista. Por último, de su producción en verso cabe destacar las leyendas del *Romancero de Hernán Cortés* y las reunidas en *Madrid dramático*, amén de otras obras menores y de poemas sueltos que vieron la luz en periódicos y revistas.

Fernández Grilo, por el contrario, vio limitada su producción poética a dos o tres centenares de composiciones, por lo general breves, cuya mayor parte recopiló en sus dos únicas obras de cierta entidad: *Poesías*, sufragada por el Conde de Torres Cabrera, e *Ideales*, patrocinada por Isabel II.

Un crítico coetáneo suyo, a todas luces exagerado, dijo que “Grilo es un ingenio cordobés en toda la extensión de la frase, poeta por temperamento, por educación, por hábito o segunda naturaleza, que remonta el vuelo a alturas inaccesibles y se somete con docilidad a todos los caprichos”. Quizá por esto último se adviertan en sus poemas claras influencias del murciano José Selgas, del sevillano Bécquer, de Zorrilla, de Quintana o de Gallego, algunas de las cuales señala José M^a. de Cossío. Y, por supuesto, de Antonio Hurtado, quien terminó su vida pública de político siendo diputado a Cortes por Cádiz y senador por Puerto Rico.

Durante la guerra de Africa, Hurtado y Valhondo fue nombrado gobernador de Albacete. Cuenta Publio Hurtado en su libro sobre Cáceres, publicado en 1915, que cuando el poeta y político fue a despedirse de la reina, antes de partir para el lugar de su destino, le preguntó la soberana qué escribía por entonces.

- Señora, he concluido unos *Cantos populares a la Santísima Virgen de la Montaña*, le contestó.
- ¿Y qué Virgen es ésa? No recuerdo haberla oído nombrar nunca, añadió la reina.

Hurtado y Valhondo describió a S.M. las excelencias de la citada imagen y al día siguiente le leyó su obrita, en la que describe la despedida de un soldado cacereño que va a partir para la guerra de Africa y teme no volver a su desolado lugar, por el desamparo en que van a quedar su madre y hermanos, si la implorada Virgen no los protege.

S.M., con lágrimas en los ojos, dijo al poeta:

- Me has conmovido; y ya que tanta devoción inspira y tantos dones reparte esa sagrada imagen, quiero que me contéis desde ahora por Hermana Mayor de su cofradía.

El testimonio de Publio Hurtado deja bien a las claras la amistad que unía a Antonio Hurtado con Isabel II, como ocurría con Grilo. Añadamos que Hurtado y Valhondo y Fernández Grilo se conocían y conocía cada uno de ellos la producción poética del otro.

Por otra parte, debemos recordar aquí el ambiente literario de la Córdoba decimonónica que describe Ricardo de Montis, con abundancia “de plagarios y copistas que con descaro asombroso se apropiaban las producciones ajenas”. Abunda Rodolfo Gil en esta idea, dando nombres concretos; y en este sentido afirma: “Enrique Redel fue justificador de plagarios y cayó en el mismo defecto; plagió el poema “La legión sagrada” de Manuel Reina, que había publicado en *La Ilustración Española y Americana*”.

Pero este ambiente no era exclusivo de Córdoba ni de Madrid, como todos sabemos. Al propio Grilo le plagieron versos en más de una ocasión, siguiendo el testimonio de Montis.

¿Qué de extraño tiene entonces que el poeta cordobés, sumido en tal ambiente y escaso de calidades poéticas, siguiera costumbre tan extendida? En efecto, en más de una ocasión se le tachó públicamente de plagiarlo, concretándolo en una de ellas en su conocido poema “El ángel de la guarda”.

Es sintomático, a nuestro parecer, la extraordinaria coincidencia temática y métrica que hemos encontrado entre el conocido poema “Las Ermitas de Córdoba”, de Grilo, y el canto “La Virgen de la Montaña”, de Hurtado y Valhondo.

Compárense, si no, algunos fragmentos de este último, recogidos en el libro *Historia del culto y santuario de Nuestra Señora de la Montaña, patrona de Cáceres*, del cordobés Miguel Angel Ortiz Belmonte, que ejerció su cargo de profesor de Historia en la Escuela Normal cacereña durante cinco lustros, con otros del poema grileco “Las Ermitas de Córdoba”. Dice así Hurtado:

A la orilla de una fuente
 que baña pura
 las ásperas campiñas
 de Extremadura,
 está un romero,
 dice a un niño que lleva
 por compañero:
 -¿No ves la altiva sierra
 donde el sol arde?

Pues fin de mi camino
será esta tarde;
 que allí me espera
la Virgen en quien pongo
 mi fe sincera...
-¿Es aquella su ermita?
 pregunta el niño;
¡Sus paredes relumbran
 como el armiño!
 Canta su gloria,
que guardaré tus cantos
 en mi memoria.

-Pues bien, dice el romero,
 mi voz escucha:
aunque oscuro es su nombre,
 su gloria es mucha.
 Unos pastores
hallaron a esa Virgen
 entre las flores...

Y con blanco y sonoro,
 plácido acento,
estos cantos de gloria
 soltó su aliento.
 Con su armonía,
lloraba el niño a veces
 y otras reía.

Pues al tender al aire
 sus vagos sonos,
iba gozando el niño
 mil sensaciones.
 ¡Canto divino!
Quizás lo enseñó un Ángel
 al peregrino.

Cantos del peregrino

La Virgen que yo adoro,
 santa y bendita,
entre breñas y riscos
 tiene su ermita;
 Y en la alta loma
parece el casto nido

de una paloma.
Ornan su agreste falda,
como alamares,
viñedos que se ensalzan
con olivares:
Y, haciendo sombra,
se extiende hasta el llano
como una alfombra.

Por remate y adorno,
de mayor brío,
borda con claras perlas,
su falda el río;
Río de amores,
que galán fecundiza
frutos y flores.

Desde que apenas raya
la luz del día,
cantan allí las aves
con melodía;
y al par por veloces
se confunden con ellas
otras mil voces.

¿Quieres que yo cuente
lo que ellas dicen?
Pues sabrás lo que expresan
cuando bendicen
a ese tesoro,
que es la luz de mi vida,
el bien que adoro.

Allá abajo hay un huerto
rico en vergeles;
allí brillan las rosas
y los claveles;
la yerbabuena,
compite allí en fragancia
con la azucena.

Y al punto que el sol nace
por el Oriente,
blanca nube de esencias
llena el ambiente.

Y en esa nube,
el himno de las flores
al cielo sube.

Oye los dulces ecos
que en blando giro,
llegan a los breñales
como un suspiro:
Ecos suaves,
no entendidos del hombre
ni de las aves.

... ..

Lo que dicen las aves

Para ensalzar tu gloria
en blandos trinos,
Dios hace que cantemos,
sones divinos;
que, en raudo vuelo,
a prenderlos subimos
cerca del cielo.

Lo que dice el río

Esencia desprendida
soy del rocío;
las nieves de la sierra
me hicieron río:
De Dios la mano,
me empujó soberana
del monte al llano.
Y al desatar los lazos
de mi corriente,
esto el Señor me dijo:

“Desciende y baña
la falda de la Virgen
de la Montaña”.

Yo cumpliendo las leyes
de mi destino,
bordo con plata y perlas
tu pie divino.
Y transparente,
vengo a ser el espejo

de tu alba frente.

 Allá lejos, muy lejos,
 se mira un monte,
 que es término y remate
 del horizonte.
 Franca guarida
 tienen allí los hombres
 de mala vida.

Ya vaya cuesta arriba
 ya cuesta abajo,
 siempre me siento alegre
 cuando trabajo;
 pues me acompaña
 la sombra de la Virgen
 de la Montaña.

Anoche me he dormido
 con tu memoria,
 durante el sueño he visto
 tu santa gloria.
 ¡Divina estrella!
 Cuando yo exhale el alma
 llévame a ella.
 Allí adornan tus sienas
 frescos jazmines
 y bendicen tu nombre
 los querubines:
 que en blanco coro
 van por allí agitando
 sus alas de oro.

Del poema “Las Ermitas de Córdoba”, que es uno de los más celebrados del cordobés y el primero de su libro *Ideales*, son estas estrofas:

Hay de mi alegre sierra
 Sobre las lomas
 Unas casitas blancas
 Como palomas.

Les dan dulces esencias
Los limoneros;
Los verdes naranjales
Y los romeros.

Allí, junto a las nubes,
La alondra trina;
¡Allí tiende sus brazos
La cruz divina!

La vista arrebatada
Vuela en su anhelo
Del llano a las ermitas;
¡De ellas al cielo!

Allí olvidan las almas
Sus desengaños;
Allí cantan y rezan
Los ermitaños.

El agua que allí oculta
Se precipita,
Dicen los cordobeses
¡Que está bendita!

Prestan a aquellos nidos
Luz los querubas,
Guirnaldas las estrellas,
¡Mantos las nubes...!

¡Muy alta está la cumbre!
¡¡La cruz muy alta!!
Para llegar al cielo
¡¡Cuán poco falta!!

Puso Dios en los mares
Flores de perlas;
En las conchas joyeros
Donde esconderlas;

En el agua del bosque
Frescos murmullos;
De abril en las auroras
Rojos capullos;

Arpas del paraíso
Puso en las aves;
En las húmedas auras
Himnos suaves,

Y para dirigirle
Preces benditas
¡Puso altares y flores
En las ermitas!

Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre
A los que desde el llano
Van a la cumbre.

Subid adonde el monje
Reza y trabaja;
¡Más larga es la vereda
Cuando se baja!

Ya la envuelva la noche,
Ya el sol la alumbre,
Buscad a los que rezan
Sobre esa cumbre.

Ellos de santos mares
Van tras el puerto;
¡Caravana bendita
De aquel desierto!

Forman música blanda
De un campanario;
De semillas campestres
Santo rosario;

De una gruta en el monte
Plácido asilo;
De una tabla olvidada
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares.

Allí la cruz consuela,
La tumba advierte;
¡Allí pasa la vida
Junto a la muerte!

Por los ojos que finge
La calavera,
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.

Calavera sombría,
Que en bucles bellos,
Adornaron un día
Ricos cabellos.

Esos huecos oscuros
Que se ensancharon
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron.

Por esas grieteadas
Formas vacías
Penetraron del mundo
Las armonías.

¿Qué resta ya, del libre
Mágico anhelo
Con que esa frente altiva
Se alzaba al cielo?

¡La huella polvorosa
De un ser extraño
Adornando la mesa
De un ermitaño!

Aquí, en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡¡Muerte!!
Y una cruz: ¡¡Vida!!

.....
.....
.....
.....

Muy alta está la cumbre,

La cruz muy alta,
Para llegar al cielo
¡¡Cuán poco falta!!

Se advierte claramente un extraordinario parecido entre los dos poemas; algunas de las estrofas del segundo parecen trasplantadas de otras de las noventa y seis del poema de Hurtado -bastante más extenso que el de Grilo y anterior a él- salvando la única diferencia métrica que existe entre ambas canciones: las seguidillas de Hurtado tienen bordón y las de Grilo no.

Las dos recuerdan las cantiñas populares de carácter religioso. Pero las estrofas de Grilo fueron mucho más difundidas entre el pueblo que las de Hurtado.

Por lo demás, creemos que la canción de Grilo es tan bella como la de Hurtado, aunque en la de este poeta se inspirase, sin lugar a dudas, el cordobés, que tomó al cacereño por modelo en esta ocasión.



Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales



Diputación de Córdoba